

Por qué necesitamos una ética del cuidar

González Fernández, Pedro¹

INTRODUCCIÓN

Todos los seres humanos, sin excepción, necesitamos en algún momento de nuestra vida ser cuidados por alguien. La vida cotidiana nos descubre rápidamente la fragilidad y la vulnerabilidad como factibilidades ineludibles de la vida humana. El ser humano es constitutivamente frágil, y por eso antes de nacer, de niños y posteriormente durante toda nuestra vida y siempre, somos dependientes de otros. No podemos ni sabemos vivir solos, aunque nos parezca mentira. La fragilidad y la vulnerabilidad del ser humano nos remiten a su finitud constitutiva.

No es preciso estar enfermos para ser menesterosos de recibir cuidados. Es algo indefectible en todo ser humano y ello es debido a la fragilidad del ser humano. De los seres vivientes, el ser humano requiere de ser cuidado desde el momento de nacer hasta un tiempo de su vida, que comparado con otras especies, es mucho más prolongado que el de estas. Diversos animales pueden valerse por sí solos apenas un breve lapso de tiempo de nacer que puede oscilar desde minutos a algunos días. Pero el ser humano es sumamente frágil, y requiere de ser cuidado por otros durante años, hasta ser capaz de valerse por sí mismo. Como podemos apreciar el término cuidar va aparejado con otros términos afines como fragilidad y vulnerabilidad.

La acción de cuidar, observado desde una visión ética es un tema que ha cobrado relevancia en los últimos años y que se ha complejizado debido a sus diferentes aristas. Podría pensarse a priori que se podría circunscribir a la gestión de enfermería, sin embargo, vista desde una perspectiva ética el tema desborda las fronteras de esta profesión, y va mucho más allá de esta, aunque hay que reconocer que es en la profesión sanitaria de enfermería donde se cristaliza la ética del cuidar.

Dada la importancia en el nivel sanitario de la profesión de enfermería en el cuidar es que debe velarse por el cómo se hace ese cuidar por estos profesionales, ya que la ética del cuidar se expresa por antonomasia en la labor de enfermería. En sendos artículos que aparecen en este número de la Revista Bioética, elaborados por profesionales de esta esfera, se expresan dos enfoques de la ética del cuidar. Pretendemos complementar en esta sección de Suplemento con una reseña que abarque aspectos de la ética del cuidar articulándolos con la ética de la fragilidad y la vulnerabilidad así como enfatizar que para realizar esta actividad social se requiere de condiciones éticas que comienzan en el bien propio que encierra ella en sí misma y que parten de la compasión y la solidaridad.



DESARROLLO

Como consecuencia de los adelantos ocurridos en la terapéutica sumados a diversos progresos tecnológicos, la mortalidad de muchas afecciones comenzó a descender, lo que trajo como consecuencia que se prolongara la supervivencia. Esto ocasionó un tránsito de un escenario con prevalencia de enfermedades transmisibles a otro en el que prevalecen enfermedades crónicas no transmisibles, lo que se conoce como "transición epidemiológica". Es decir, se focalizó la atención en las consecuencias de la enfermedad más que en la enfermedad misma.¹

De manera que desde el pasado siglo XX el contexto de los cuidados médicos ha estado protagonizado por las enfermedades crónicas y esta transición epidemiológica ocasionó que

¹ Leonardi M. Definición de discapacidad en las principales enfermedades que afligen a los niños. *Dolentium Hominum* 2009; 70:26-31. p. 26

ciertos indicadores tradicionales de salud como la mortalidad, dejasen su hegemonía y compartieran su espacio con otros indicadores como la morbilidad, la sobrevivencia, calidad de vida, por solo citar alguno de ellos, lo que puso en evidencia la necesidad de los cuidados a este ingente número de personas que otrora quedaban confinados a las cifras de mortalidad.

El término cuidar proviene del latín (*cogitare*) que quiere decir pensar. Poner diligencia, atención y solicitud en la ejecución de una cosa. También quiere decir asistir, guardar, conservar.² Por otra parte, no podemos olvidar que es un verbo polisémico y se relaciona también con el término latino *cura* que significa esfuerzo angustioso, solicitud, entrega. De manera que ambas verbos, *cuidar* y *curar*, no deben considerarse aislados sino mutuamente relacionados.³

El ser humano es constitutivamente frágil y vulnerable, no solo físicamente, sino mental, espiritual y socialmente. En el último tercio del siglo XX se ha dado una importancia creciente a esta situación de fragilidad lo que muchos han achacado y quizás sea cierto, a la toma de conciencia del envejecimiento de la población mundial, aunque no se pueda considerar sólo la ancianidad como etapa más vulnerable del ser humano. De ahí que el lema de la OMS en 1993 fue “La vida frágil” y tenía como finalidad sensibilizar a la opinión pública ante la fragilidad de la vida.⁴

Hay situaciones en que se evidencia y se vive de manera más expresiva nuestra fragilidad. En la vida hay momentos en que el ser humano de manera breve y transitoria se olvida de su fragilidad y vulnerabilidad, llegando engañosamente a creerse autosuficiente y fuerte. Pero la realidad de la vida se impone para mostrarnos lo contrario, y lo hace de modo más sentido en la niñez, la enfermedad, la pobreza y la ancianidad.

En estas cuatro situaciones que mencionamos es donde se hace más evidente la necesidad de que nos cuiden y esa labor, aunque puede realizarse por personas en diversas actividades sociales, es en la profesión de enfermería donde cobra una dimensión inconmensurable que pone en evidencia la necesidad de que contemos con profesionales sólidamente formados en una sana ética del cuidar.

Ética del cuidar.- Su relación con la fragilidad y la vulnerabilidad.

Hemos comentado lo frágiles y vulnerables que somos comparados con otros seres vivos y esto precisamente es lo que nos hace menesterosos de recibir cuidado. Si no fuera porque hemos sido cuidados, no habiéramos llegado a adultos

2 Diccionario Ilustrado “Océano” de la Lengua Española. Barcelona: Océano Grupo Editorial, S.A. 1994.

3 Torralba i Roselló F. Ética del cuidar. Fundamentos, contexto y problemas. Madrid: Ed. MAFRE S.A. Institut Borja de Bioética, 2002, p 129.

4 Conill Sancho J. y Cortina Orts A. La fragilidad y la vulnerabilidad como parte constitutiva del ser humano. En: Bioética y Pediatría. Proyectos de Vida Plena. Reyes López M. de los y Sánchez Jacob M. Ed. Madrid: Ergon, 2010. p.21

y más aún: nuestra especie estuviera en peligro de extensión. Por ello, el cuidar en el caso del ser humano, no se limita a un “instinto” como ocurre en los animales que solo cuentan con ese instinto para sobrevivir, además de posibilidades biológicas de adaptación como especie. El ser humano dispone de razón, de inteligencia y en esto es donde radica su fortaleza para la adaptación al medio. Es capaz de cubrirse para sobrevivir a temperaturas frías, navegar, así como realizar disimiles acciones para adaptarse a cambios y la muestra más admirable es que es el único capaz de construir artefactos para trasladarse de planeta si fuera preciso.

Xubiri⁵ considera, y estamos de acuerdo con él, que la inteligencia humana tiene una función primaria biológica, la de hacer viable un ser que de otro modo desaparecería. El acto ético indefectiblemente requiere de razón; sin racionalidad, no hay ética, como tampoco la hay si no hay intención.

Gracias a la razón se nos permite un actuar ético con el que hemos podido sobrevivir como humanidad. Con la ética del cuidar hemos protegido al débil, al vulnerable, lo que no hubiera hecho la naturaleza, pues como refieren Conill y Cortina⁶, “la ética de la fragilidad va en contra del darwinismo y tendría un sentido antievolutivo, por lo tanto la evolución es antiética” por lo que se puede decir que la ética es una conquista de la humanidad para defender al débil. Una ética de la fragilidad exige respetar al otro, aunque sea frágil, es decir evitar las agresiones pero también las omisiones (negligencias). La única respuesta positiva a la fragilidad, es el cuidar del vulnerable.

El ser humano no vive solamente para sí, sino que vive para los demás y pone su racionalidad, su inteligencia en función de hacer viable la vida de otro ser que es más frágil y vulnerable.

La actividad social de enfermería

Para comprender la importancia social de ciertas actividades es preciso definir qué entendemos por actividad social. Una actividad social es una actividad cooperativa que se caracteriza por tender a alcanzar unos bienes que le son propios, immanentes a ella misma y que por ello reciben el nombre de bienes internos, de manera que ninguna otra actividad nos lo puede proporcionar⁷. Precisamente estos bienes internos son los que le dan el sentido o razón de ser a esa actividad y además la legitima socialmente. Pero también esas actividades generan otros bienes llamados bienes externos, pues no son exclusivos o propios de esa actividad sino que son comunes a muchas otras actividades sociales; esos bienes externos son: el dinero, el prestigio social y el poder. Por ejemplo, la actividad social que ejerce un maestro, tiene un bien propio o interno que es el de formar personas,

5 Gracia D. Ética de la fragilidad. En: Bioética clínica, 2. Bogotá: El Búho, 1998. p.33-40.

6 Conill Sancho J. y Corina Orts A. La fragilidad y la vulnerabilidad como parte constitutiva del ser humano. En: Bioética y Pediatría. Proyectos de Vida Plena. Reyes López M. de los y Sánchez Jacob M. Ed. Madrid: Ergon, 2010. p.23

7 MacIntyre, A. Tras la virtud. Crítica. Barcelona, 1987, pp233 y ss.



aunque al realizarla recibe un salario, es además tributario del prestigio que proporciona esa profesión así como disfruta de un poder que podría ser, por ejemplo, certificar que ha vencido un alumno un grado escolar.

Lo que debe motivar a ejercer el magisterio es el placer que nos brinda realizar esa noble actividad. Por supuesto, los maestros, igual que cualquier otro profesional tiene bienes externos pues obtiene un salario, es respetado por la sociedad, es decir, tiene un prestigio social y a la vez ejerce una influencia, autoridad o poder sobre sus alumnos, padres y demás ciudadanos.

De manera que en actividades sociales, como la enfermería, las personas que las ejercen deben estar motivadas por el bien interno, que es en definitiva lo que le da sentido a la actividad; por ello decimos que para ejercerlas hay que tener vocación. Vocación viene del latín *vocatio*, -ōnis, acción de llamar; se refiere a la inclinación personal o preferencia hacia una cosa, en especial a la hora de elegir una profesión, una carrera, forma de vida u otra cosa. También significa sentimiento o inclinación de quien se cree llamado por la divinidad para dedicarse a la vida religiosa. Por ello en ciertas profesiones como los jueces, notarios, clérigos, médicos, funcionarios de cierta envergadura política y otros se le hace realizar un juramento público en que se compromete que va a ejercer esa actividad social con justeza y veracidad, teniendo como sentido o fin el bien interno de esa actividad. Cuando se pervierten la jerarquía de los bienes de la actividad social, la persona se corrompe.

Los seres humanos necesitan más, el sentido que la felicidad porque la felicidad es una meta que raramente se experimenta pero el sentido de lo que hacemos y vivimos es esencial para la

persona.⁸

La falta de sentido compartido, la falta de proyectos e ilusiones no solo individual sino colectivo es una de las carencias de nuestras sociedades por ello hay que recordar los bienes internos de la actividad del cuidar y tratar de adquirir las virtudes para alcanzarlo.⁹

Atravesamos momentos difíciles en la actuación de enfermería lo que se debe principalmente, entre otros aspectos, a la perversión del valor interno, lo que le da sentido a esta actividad. El cuidar al frágil que debería llenar de satisfacción y dar pleno sentido a la actividad, se convierte en pesada carga conduciendo a la indiferencia, omisión y en el peor de los casos al maltrato.

Precisamente porque existen la injusticia, lo inmoral, lo no virtuoso, es que surge la necesidad de una ética del cuidar, un cómo debe hacerse, para proteger al débil. Como señala Michael Foucault, lo anormal tiene siempre prioridad sobre la norma. No es la norma lo que define lo anormal, sino más bien al revés: es lo anormal lo que origina la norma pues si no existieran conflictos no hubiese necesidad de una ética.¹⁰

¿Qué nos queda por hacer? Rescatar el aprecio por el valor interno, por el sentido por el cual actuamos. Cuando en una sociedad existe la indiferencia por lo mal hecho, pues se ha hecho cotidiano, y se ve como normal, cuando aquellas personas virtuosas son objeto de burla y visto como perdedores, cuando se prefieren los valores externos de dichas actividades sociales a los valores internos, es que la virtud está mal parada. Decía en sus Cartas a Elpidio nuestro P. Félix Varela: "No hay Patria sin virtud, ni virtud con impiedad."¹¹

Hay que seleccionar muy bien a aquellas personas que van a desempeñar estas funciones, animarlas a que descubran el valor de las virtudes, el respeto a los demás y sobre todo el sentido de la responsabilidad.

Todas las "éticas" civiles tienen como denominador común la responsabilidad.

La labor educativa no debe desdeñarse, debe estar regida por la perseverancia, la paciencia y principalmente por la esperanza. Perseverar reconociendo que esta disposición de ánimo ha estado detrás de todo triunfo, paciencia al comprender que toda actividad tiene un tiempo propio que no puede adulterarse.

El que tiene esperanza nunca espera lo malo, espera lo bueno, y sabe que aunque no logre inicialmente un resultado grandioso sino modesto, a la postre verá el triunfo.

Respondiendo al título de este trabajo podemos concluir

8 Cortina, A. *Ética civil y religión*. 2^{da} Ed. Madrid: PPC, Editorial y Distribuidora, S.A., 2006. p.48

9 Cortina, A. op. cit. p. 49.

10 Gracia, D. op. cit. p. 39.

11 Varela y Morales, F. *Cartas a Elpidio, sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad*. Ed. Facs. Miami: Editorial cubana, 1996. P.18.



diciendo, si, necesitamos todos sin excepción de una ética del cuidar y más que necesaria, indefectible, sobre todo en el momento actual que vivimos, en que los logros de la inteligencia humana expresado en los avances científicos han permitido una población mundial con más años de expectativas de vida, en que la morbilidad ha superado la mortalidad en muchas enfermedades pero sobre todo porque en ella se acrisola lo mejor de lo humano, lo que nos ha permitido ser y no desaparecer como otras especies, a pesar de nuestra fragilidad.

Como bien colocado tiene el nombre esta sección Suplemento, si con esta lectura motivamos a pensar y animamos a que todos, desde la esfera de la actividad que desempeñan, colaboren en mejorar la calidad de esta actividad del cuidar de la que sin exclusión seremos menesterosos, haremos una sociedad más justa y virtuosa.

Si al menos logramos despertar la curiosidad sobre este tema, promover el debate provecho y soluciones que nos ayuden, nos sentiremos satisfechos.

CONCLUSIONES

El cuidar es un ejercicio ético por antonomasia y más aún en el ser humano en que se expresa la vulnerabilidad y la fragilidad que le son constitutivas.

La actividad social de enfermería tiene como bien interno cuidar al menesteroso con compasión y abnegación.

Cuando se invierte la jerarquía de esos valores se corrompe y dicha actividad pierde su valor ético, que en el caso de la persona vulnerable es aún más condenable.

La enfermería transita en estos momentos por un período difícil en el que se hace necesario proteger, animar y si es preciso rescatar la jerarquía del bien interno que le da sentido a esta noble profesión tan necesaria para todos. Ese rescate debe realizarse fomentado el respeto, la diligencia, la responsabilidad y una práctica de la ética de las virtudes en dicho personal.

1 Médico, especialista en endocrinología. Presidente del Comité de Ética de la Investigación del Hospital Pediátrico Universitario William Soler, de la ciudad de La Habana. Diplomado en Bioética por la Pontificia Universidad Católica